



Ricardo Robledo. PROFESOR DE ECONOMÍA HISTÓRICA

“La Gran Guerra redujo el poder adquisitivo de los salmantinos”

El profesor señala que la Primera Guerra Mundial, de la que este año se cumplen 100 años de su inicio, generó numerosos problemas en la provincia pese a ser España un país neutral

M.D. | SALAMANCA

EN 2014 se cumplen 100 años del inicio de la Primera Guerra Mundial. Un conflicto en el que murieron más de 9 millones de personas y en el que España se mantuvo como país neutral. Pese a esta condición, los españoles y salmantinos también notaron los efectos de la contienda, tal y como destaca el profesor de Economía Histórica de la Universidad de Salamanca.

—Desde el punto de vista económico, ¿en qué notaron los salmantinos la guerra?

—La Gran Guerra significó para España como país neutral una gran oportunidad para diversos negocios. Hubo menor oferta de productos extranjeros, menos competencia y más demanda de los nuestros. El resultado inmediato fue una gran inflación. Tierras que antes no se cultivaban en el campo salmantino se encontraron de repente con el “maná” de unos precios elevados que las hacía rentables. Las roturaciones se multiplicaron ante la gran demanda del cereal. Como el arbolado estorbaba, se descuajaron miles de encinas. También la carne tuvo una demanda excepcional y los grandes ganaderos hicieron su agosto. Y como la tierra es un bien limitado, los arrendamientos subieron como la espuma.

—¿Qué localidades se vieron más beneficiadas?

—En principio tendría que haber sido Béjar; el núcleo industrial por excelencia de la provincia, quien debiera haber ganado más ante la nueva situación. Así ocurrió con los núcleos laneros catalanes. Sin embargo, Béjar no pudo recoger los beneficios derivados de la vinculación con el comercio exterior. Tuvo que contentarse con el mercado interior y aquí se encontró con una elevación de los costes de los colorantes sintéticos muy superior a la de los precios. España carecía entonces de una industria química y se dependía de Alemania. Además, no se había avanzado en la renovación tecnológica de modo que Béjar si ganó algo fue, sobre todo, actuando como auxiliar de la industria catalana, proporcionando materia prima. De hecho, no fue hasta pasada la guerra que la industria bejarana recuperó su capacidad productiva.

—¿La economía de las familias salmantinas mejoró durante los años de guerra?

—En términos generales no. Subieron los salarios sin duda, pero



El profesor de la Universidad de Salamanca, Ricardo Robledo.

mucho menos que los precios. Es decir los salarios reales que miden el poder adquisitivo bajaron hasta 1918. Pero hubo empresas ligadas a la exportación de harinas (Oliviera), curtidos (Charro), de lanas, granos y legumbres (Marcos) y otras que consiguieron grandes beneficios. Otra cosa es la continuidad al acabar la guerra. Fue una burbuja en muchos casos. Todo soldado necesita ropa y calzado. Si el textil bejarano no pudo aprovechar la coyuntura, mejor suerte tuvieron los fabricantes de curtido. Pero al acabar la guerra, el consumo interior no sustituyó la demanda exterior. En Salamanca tardó en generalizarse el consumo de zapatos. Y había gente de los pueblos que caminaba descalza a la ciudad para no gastarlos.

—¿El movimiento obrero se vio reforzado en esta etapa?

“La provincia soportó una gran inflación. La roturación de tierra se multiplicó, los arrendamientos subieron y el consumidor pagó un pan más caro y peor”

—El fenómeno fue general en toda España. Hacía años que los obreros socialistas celebraban el Primero de mayo. La escalada de los precios favoreció el surgimiento de acciones reivindicativas para defender los salarios. El encarecimiento de las subsistencias hizo muy difícil la vida, sobre todo en las ciudades, y el recurso a la huelga dejó de ser excepcional. En Salamanca destaca el buen hacer del concejal socialista Primitivo Santa Cecilia para aliviar los efectos de la inflación. Además del movimiento obrero, hubo un movimiento ciudadano, que se plasmó en la Asamblea de Bretón de 1918, para defenderse de los decretos del Gobierno que exigieron la tasa del precio de los cereales. Filiberto Villalobos aprovechó la ocasión para proponer la tasa de los arrendamientos.

—¿Tuvieron eficacia las medidas del Gobierno para frenar la inflación?

—Ninguna. El consumidor salmantino se vio obligado a consumir un pan más caro y de peor calidad. Esto provocó actuaciones ciudadanas que a veces desbordaban al mismo movimiento obrero organizado. Por ejemplo, en la primavera de 1915 un importante grupo, en el que destacaban las mujeres, salieron a la calle exigiendo en la ciudad “pan y trabajo” e intentaron conseguir el ali-

mento, primero en los vagones de la estación y luego en las paneras de los rentistas.

—¿Qué cambios sociales resultan más significativos?

—Se produjo un cierto descalabro de las élites. Hubo rentistas a quienes la inflación les pilló desprevenidos. No supieron o no pudieron aprovecharse de la buena coyuntura y el alza de precios acabó con sus ahorros. La ruina del Marqués de Castellanos se materializó en esta etapa. En contrapartida hubo arrendatarios que sortearon el incremento de los arrendamientos para hacer buenos negocios. De hecho la compra de tierras por los colonos salmantinos se aceleró al acabar la guerra ayudados o no por los sindicatos católicos con la colaboración de la entonces Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca.

—¿Y desde el punto de vista demográfico?

—Hay varios aspectos a señalar. La provincia perdió población de 1910 a 1920, algo inédito desde hacía tiempo y que no volvería a darse hasta 1950-60. También es el periodo en el que la emigración a América cambia de dirección para dirigirse a Francia, prólogo de la que se producirá en los años 1960. Y especialmente, es el periodo en el que se produjo la epidemia de gripe (año 1918). A tono con el encarecimiento de las subsistencias, muchos salmantinos, los de las clases populares o incluso de clases medias, estaban deficientemente alimentados y carecían de medidas higiénicas. La epidemia de gripe se cebó sobre estos organismos debilitados, cobrándose en torno a unas 6.000 víctimas en la provincia.

—¿Hay un antes y un después en Salamanca y España por la Primera Guerra Mundial?

—Para España, la neutralidad, en gran medida, fue un espejismo económico. Bastantes empresas nacidas al resguardo de la competencia que les depaó la no beligerancia no resistieron la vuelta a la normalidad y desaparecieron. Buena parte de los beneficios se inmovilizaron en el Banco de España y otros se esfumaron especulando con divisas. Respecto a Salamanca, la imagen que nos dejaron algunos contemporáneos no fue muy benevolente. El mirobrigense José Cascón se refirió a “la maldita guerra” y el catedrático Bernis fue más duro: “de la guerra saldremos, los más, empobrecidos; los menos, más enriquecidos; el país parece que va a quedar desmantelado técnicamente”.